

CAPITULO VII.

DISTURBIOS EN EL CAMPO.—PLAN DE UNA COLONIA.—MANEJO DE CORTÉS.—MARCHA A CEMPOALA.—PROCEDIMIENTOS CON LOS NATURALES.—FUNDACION DE VERACRUZ.

1519.

No hay situacion que ponga á mas severas pruebas la paciencia y disciplina del soldado, que una vida de ociosidad en el campo, donde sus pensamientos, en vez de dirigirse á una empresa ó accion determinada, se fijan en ellos mismos y en las inevitables privaciones y peligros de su posicion. Este era pues el caso en que se encontraban los españoles que, sobre los males de una subsistencia escasa, sufrían penosamente por el calor excesivo, por la multitud de insectos venenosos, y por otras molestias propias de un clima sufocante. Hallábanse también muy lejos de tener el carácter de tropas regulares, acostumbradas á subordinarse á un gefe á quien hubiesen aprendido á reverenciar y obedecer. Eran soldados de fortuna, empeñados en una aventura en que todos creían tener igual riesgo, y veían á su caudillo, capitan de un día, poco mas que á un igual.

Aumentábase el descontento entre ellos á proporcion que residían mas tiempo en este suelo extranjero, y quedaron mas disgustados cuando supieron la intencion del general de pasar á las inmediaciones del puerto descubierto por Montejo. „Era tiempo de volver,” decían, „á referir lo que se habia hecho al gobernador de Cuba, y no detenerse en aquellas estériles costas, dando lugar á que se les viniese encima todo el imperio.” Cortés evadió como pudo sus importunas instancias, asegurándoles que no habia motivo para desesperar. „Todo iba muy bien, y cuando tomaran una posicion mas favorable, no habia razon para dudar de que continuarían el mismo lucrativo comercio con los naturales.”

Mientras esto pasaba, se presentaron una mañana cinco indios en el campamento, que fueron luego conducidos á la tienda del general. En sus vestidos y en toda su apariencia exterior, eran diferentes de los mejicanos. Gastaban anillos de oro, joyas de una hermosa piedra azul en sus orejas y nariz, y llevaban una plancha de oro, trabajada con delicadeza, adherida al labio inferior. Marina no podia comprender su idioma; pero habiéndose dirigido á ellos en azteca, halló que dos podían hablar esta lengua. Dijeron que eran nativos de Cempoala, capital de los totonecas, una poderosa nacion que hacia muchos siglos habia venido á la gran mesa, y que descendiendo por el declive del Oriente, se habia fijado entre las sierras que forman la orilla del Golfo Mejicano hácia el

norte. Era su país una de las recientes conquistas de los aztecas, y sufrían tal opresion de los vencedores, que ya se les habia hecho insoportable su yugo. Informaron á Cortés de estas y otras particularidades, y de que habiendo llegado la fama de los españoles á los oídos de su señor, mandaba estos mensajeros para suplicar á extranjeros tan admirables se presentasen en su capital.

Estas noticias fueron escuchadas con ansia por el general, quien, segun se recordará, ignoraba todos los hechos de que está instruido el lector, respecto á la condicion interior del reino, que él no tenia razon para suponer sino fuerte y unido. Una importante verdad vagó por su imaginacion, luego que su penetrativo ingenio descubrió en ese espíritu de descontento, la poderosa palanca, con cuya ayuda esperaba trastornar el imperio bárbarico. Recibió la mision de los totonecas benignamente; y despues de haberse informado cuanto fué posible, de sus disposiciones y recursos, los despidió con presentes, prometiéndoles ir muy pronto á visitar á su señor (1).

Al mismo tiempo sus amigos, entre los que deben mencionarse particularmente Alonso Hernandez Puertocarrero, Cristóbal de Olid, Alonso de Avila, Pedro Alvarado y sus hermanos, se ocupaban en persuadir á las tropas tomasen tales medidas que pusiesen á Cortés en aptitud de llevar adelante los planes ambiciosos, para los que no estaba autorizado por los poderes de Velazquez. „Regresar ahora,” decían, „seria abandonar en su principio, una empresa que, bajo tal director, debe conducir á la gloria y á incalculables riquezas. Volver á Cuba seria entregar al insaciable gobernador las pocas ganancias que habian hecho. El único camino que quedaba era, persuadir al general á establecer una colonia permanente en el país, cuyo gobierno dirigiera por sí mismo todos los negocios, y proveyese á los intereses de sus miembros. Era cierto que Cortés no tenia semejante autorizacion de Velazquez; pero los intereses de los soberanos, superiores á cualesquiera otros, la exigían imperiosamente.”

No obstante que estas conferencias se tenían por la noche, no pudieron conservarse tan en secreto, que no llegasen á los oídos de los amigos de Velazquez (2), quienes representaron contra tal conducta como insidiosa y desleal. Acusaban al general de protegerla; é instándole á que tomase medidas sin demora para la vuelta de las tropas á Cuba, le anunciaban su intencion de partir con todos los amigos sinceros del gobernador.

Cortés, lejos de ofenderse de este atrevido procedimiento, y aun de responderles en el mismo tono altanero, les contestó con templanza, „que de ningun modo queria traspasar sus instrucciones. Que preferia, en verdad, permanecer

(1) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 41.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 121.—Gomara, Crónica, cap. 28.

(2) La carta del cabildo de Veracruz nada dice de estas conferencias celebradas á la media noche; pero Bernal Diaz que concurría á ellas, es autoridad suficiente. Véase la Hist. de la conquista, cap. 42.

en el país, y continuar el comercio lucrativo con los naturales; pero que pues el ejército pensaba de otra manera, deferiría á su opinion, y daría las órdenes para regresar, como lo deseaban." La mañana siguiente se dirigieron proclamas á las tropas con el objeto de que estuviesen listas para embarcarse en la escuadrilla que iba á salir con direccion á Cuba (3).

Grande fué la sensacion que causó la orden del general. Varios de los que antes la habian solicitado, la sentian ya, por aquel capricho comun de los hombres, cuyos deseos son satisfechos con facilidad. Los partidarios de Cortés hicieron manifestaciones turbulentas. Decian á voz en cuello que habian sido traicionados por el general, y yendo de tropel á su tienda le pidieron que diese contraórden. „Venimos aquí," le dijeron, „esperando formar una colonia, si el estado del país lo permitia. Ahora resulta que no estais autorizado por el gobernador para formarla; pero hay intereses superiores á los de Velazquez que exigen esa providencia. Estos territorios no son propiedad suya, sino que fueron descubiertos para los soberanos (4); y es necesario establecer una colonia que vele por sus intereses, en vez de gastar el tiempo en un lento tráfico, ó lo que es peor, en volver á Cuba en el presente estado de cosas. „Si rehusais," concluyeron, „protestaremos contra vuestra conducta como desleal á sus altezas."

Cortés recibió esta manifestacion con el aire embarazado de un hombre que de ningun modo la esperaba. Pidió modestamente algun tiempo para deliberar, y prometió responder el dia siguiente. Al plazo señalado, reunió las tropas, y les dirigió una corta alocucion. „No habia uno," dijo, „si conocia su corazon, mas profundamente adicto que él mismo á los intereses de sus soberanos y á la gloria del nombre español. No solo habia gastado todo lo suyo, sino que habia contraido crecidas deudas, para cubrir los costos de esta expedicion, y habia esperado reembolsarse continuando su tráfico con los mejicanos; pero que si los soldados creian mas conveniente otra cosa, estaba pronto á posponer sus propios adelantos al bien del estado" (5). Concluyó declarando su buena disposicion

(3) Gomara, Crónica, cap. 30.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 121.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 80.—Bernal Díaz, *Ibid.*, lug. cit.—Declaracion de Puertocarrero, MS.

La deposicion de una persona tan respetable como Puertocarrero, hecha en el año siguiente al de su vuelta á España, es un documento de tal autoridad, que insertó el original íntegro, en el Apéndice, part. 2, núm. 7.

(4) Vemos que los escritores españoles se refieren unas veces á „los soberanos," y otras al „emperador;" en el primer caso hablan de la reina Juana, la loca, madre de Carlos V, y de este mismo. En efecto, todas las disposiciones reales se daban en nombre de ambos. El título de „altezas," que fué muy comun hasta el reinado de Carlos V, aunque no tan uniformemente como cree Robertson, (Hist. de Carlos V, vol. II, p. 59,) cedió poco á poco al de „magestad," que adoptó Carlos despues de su elevacion al trono imperial. El mismo título se halla algunas veces en la correspondencia del Gran Capitan y otros cortesanos del reinado de Fernando é Isabel.

(5) Cortés, segun Robertson, dijo á los soldados, que habia propuesto establecer

para tomar medidas á fin de establecer una colonia en nombre de los soberanos de España, y designar un magistrado que la gobernase (6).

Eigió para alcaldes á Puertocarrero y á Montejo, aquel uno de sus mejores amigos, y éste íntimo de Velazquez, por cuya razon fué nombrado; golpe de política que tuvo muy buen suceso. Los regidores, alguacil, tesorero, y otros funcionarios, fueron tambien escogidos entre sus amigos y adictos. Prestaron el juramentó correspondiente al comenzar á ejercer su oficio, y la nueva ciudad recibió el título de Villa Rica de Veracruz, nombre que se creyó espresaba felizmente la union de intereses espirituales y temporales, á que debia consagrarse el ejército de aventureros españoles en el Nuevo-Mundo (7). Así pues, por una sola plumada, se transformó el campamento en una comunidad civil, y la extension y aun el título de la ciudad, se arreglaron antes de que se hubiese señalado el sitio de ella.

No tardó en reunirse la nueva municipalidad. Cortés compareció ante esta augusta corporacion con el sombrero en la mano, y poniendo los poderes de Velazquez sobre la mesa, presentó respetuosamente la dimision de su empleo de capitan general, „el cual," dijo, „habia necesariamente acabado, puesto que la autoridad del gobernador estaba ya invalidada por la del magistrado de Villa Rica de Veracruz." Luego, haciendo una profunda cortesía, se retiró (8).

El consejo, despues de deliberar el tiempo conveniente, le hizo llamar. „No habia uno," dijo, „que, despues de una madura reflexion, le pareciera tan propio como él para tomar á su cargo los intereses de la comunidad, así en la paz como en la guerra; y que por lo mismo, en nombre de sus altezas católicas, le habia nombrado unánimemente capitan general y justicia mayor de

una colonia sobre la costa, antes de marchar para lo interior del país; pero que habia abandonado este proyecto á sus ruegos sobre ponerse en camino para la expedicion; y en la página siguiente le vemos organizando esta misma colonia. (History of America, vol. II, pp. 241 y 242). El historiador habria salvado esta contradiccion, si hubiera seguido á una de las dos autoridades que cita, Bernal Díaz, y Herrera, ó á la carta de Veracruz, de la cual tenia una copia. Todos convienen en lo dicho en el texto.

(6) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 122.—Carta de Veracruz, MS.—Declaracion de Montejo, MS.—Declaracion de Puertocarrero, MS.

„Nuestro general," dice Bernal Díaz, „despues de instado, convino, pues, como dice el proverbio; tú me lo ruegas, é yo me lo quiero." Hist. de la conquista, cap. 42.

(7) Segun Bernal Díaz, el título de „Veracruz" se dió para conmemorar su desembarco en Viernes Santo. Hist. de la conquista, cap. 42.

(8) Solís, cuyo gusto por hacer discursos podía haber satisfecho aun al Abate Mably, (Véase su tratado „De la Manière d'écrire l'Histoire,") ha puesto esta vez una brillante arenga en boca de su héroe, de la cual no se conserva vestigio alguno en las relaciones de los contemporáneos. (Conquista, lib. 2, cap. 7.) El Dr. Robertson la ha insertado en sus elocuentes páginas sin citar á su autor, considerando sin duda, que vino al mundo cerca de siglo y medio despues de la conquista, y que por lo mismo no era permitido citarlo, principalmente, cuando era el único que referia ese hecho.

la colonia." Fué además autorizado para aplicarse un quinto del oro y plata que pudiera adquirirse en lo de adelante por el comercio ó por la conquista de los naturales (9). Así, pues, revestido de la suprema jurisdicción civil y militar, no anduvo lento en ejercer su autoridad, para lo cual halló ocasión inmediatamente.

Los acontecimientos arriba mencionados se habían sucedido con tanta rapidez, que el partido del gobernador parecía haber sido tomado por sorpresa, y no había plan combinado de oposición. Sin embargo, cuando se tomó la última medida, prorumpió en las invectivas más oprobiosas y llenas de indignación, denunciando todo como una conspiración sistemada contra Velazquez. Estas acusaciones degeneraron en inculpaciones á los soldados del otro partido, hasta que de las palabras estuvieron cerca de pasar á los hechos. Algunos de los caballeros principales, entre ellos Velazquez de Leon, pariente del gobernador, Escobar su page, y Diego de Ordaz, fueron tan activos en promover estos movimientos turbulentos, que Cortés dictó la arrojada providencia de ponerles grillos y mandarlos á bordo de los buques. Dispersó después á los otros soldados destacando á muchos de ellos con una fuerte partida á forrajear en las cercanías, y traer provisiones para el campo donde faltaban.

Durante su ausencia, se pusieron en acción todos los resortes que podía sugerir la codicia ó la ambición para ganar á los adversarios del plan. Dícese que se prodigaron promesas y aun oro, hasta que, por grados, se fueron acostumbrando á conocer mejor las ventajas del proyecto; y cuando la partida forrajeadora volvió trayendo consigo porción de aves y vegetales, y quedaron satisfechas las necesidades del estómago, esa gran oficina de descontento, así en el campamento como en la capital, volvió el buen humor con los festines, y los hombres de los partidos rivales, se abrazaron mutuamente como compañeros de armas comprometidos en una causa común. Aun los atrevidos hidalgos que se hallaban á bordo de los buques, no resistieron por más tiempo al curso general de reconciliación, y uno después de otro se adhirieron al nuevo gobierno. Pero lo más notable es, que esta forzada conversión no fué jamás traicionada, antes bien, de allí á adelante algunos de aquellos caballeros vinieron á ser los más decididos partidarios de Cortés (10).

(9) „Lo peor de todo que le otorgamos," dice Bernal Diaz con alguna impertinencia, fué, „que le daríamos el quinto del oro de lo que se hubiese después de sacado el real quinto." (Hist. de la conquista, cap. 42.) La carta de Veracruz, nada dice de tal dividendo. El lector que quiera ver original la relación completa de esta notable transacción, la hallará en el Apénd., part. 2, núm. 8.

(10) Carta de Veracruz, MS.—Gomara, Crónica, cap. 30 y 31.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3. cap. 122.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 80.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 42.—Declaraciones de Montejo y Puertocarrero, MSS.

En el proceso de Narvaez contra Cortés, es acusado éste de hallarse poseído del demonio, pues solo Lucifer podía haberle ganado de tal modo el afecto de la sol-

Tal era la destreza de este hombre extraordinario, y tal el ascendiente que en pocos meses adquirió sobre todos aquellos espíritus turbulentos y feroces. Con esta ingeniosa transformación de una comunidad militar en civil, había asegurado una nueva y efectiva base para futuras operaciones. Podía ya ir adelante sin temor de ser contenido ó censurado por un superior distinto de la corona, única de quien hizo depender su comisión. Verificando esto, lejos de incurrir en el cargo de usurpación, ó de excederse de sus poderes legítimos, había transferido evidentemente la responsabilidad á aquellos que le habían impuesto la necesidad de obrar así. Sobre todo, con este paso, había ligado de un modo indisoluble, las fortunas de los que le seguían á la suya, pues habiendo unido con él su suerte, de grado ó por fuerza, tenían que sostener las consecuencias. Ya no se limitó al estrecho círculo de un tráfico sórdido, sino que seguro de su cooperación, pudo meditar con detenimiento, y desarrollar gradualmente los grandes proyectos que había formado para la conquista del imperio (11).

Restablecida así la armonía, mandó Cortés su artillería pesada á bordo de la escuadrilla, y ordenó á esta que costeara por el norte hasta Chiahuitzla, población en cuyas cercanías estaba situado el puerto proyectado de la nueva ciudad; proponiéndose asimismo ir á la cabeza de sus tropas á visitar, sobre la marcha, á Cempoala. El camino por algunas millas, estaba abierto entre las estériles llanuras inmediatas á la moderna Veracruz; y aunque en esta vasta extensión de arena no descubrieron ningunas señales de vegetación, de cuando en cuando recibían algún consuelo con la vista del azulado Atlántico y la lejana del magnífico Orizava, que se elevaba adornado con su limpia diadema de nieve, sobre sus colosales hermanos de los Andes (12). A proporción que avanzaban, iba tomando

dadesca. (Demanda de Narvaez, MS.) Solís, por otra parte, no ve sino buena fe y lealtad en la conducta del general, que obraba por un sentimiento de su deber, (Conquista, lib. 2, cap. 6 y 7.) siendo más decidido apologista de su héroe, que el antiguo capellán de este, Gomara, y los dos dignos magistrados de Veracruz. Un testimonio más imparcial que estos, podía tomarse del honrado Bernal Diaz, tan frecuentemente citado. A este esforzado campeón de la causa, no le cegaban ni los defectos, ni el mérito de su jefe.

(11) Parecerá esto bastante extraño á los que consideren que Cortés nombró él mismo la corporación, que á su vez, le eligió comandante. Pero la afectación de las formas legales, dió un excelente barniz á sus procedimientos, lo cual sirvió á sus fines, al menos para con sus tropas. Respecto de lo futuro confió en su buena estrella, ó en otras palabras, en el éxito de su empresa, para vindicar su conducta ante el emperador, y no erró en sus cálculos.

(12) No se pone el nombre de esta montaña, que probablemente no era conocido; pero la minuciosa descripción que se halla en el MS. de Veracruz, no deja duda, de que era la que se ha mencionado en el texto. „Entre las cuales así una que cede en mucha altura á todas las otras y de ella se ve y descubre gran parte de la mar y de la tierra, y es tan alta, que si el día no es bien claro, no se puede divisar ni ver lo alto de ella, porque de la mitad arriba está toda cubierta de nubes; y algunas veces, cuando hace muy claro día, se ve por cima de las dichas nubes lo alto

el país un aspecto más fértil y risueño. Pasaron con dificultad un río, probablemente tributario del de la antigua, en balsas y en algunas canoas rotas que estaban en la ribera. Tuvieron después á la vista una escena muy diferente: vastos llanos que se extendían cubiertos con una rica alfombra de césped, y sembrados de bosques de cocos y hermosas palmas en figura de abanico, entre cuyos tallos altos y delgados, viéranse venados y otros animales selváticos que no eran conocidos de los españoles. Algunos de los soldados de caballería, dieron caza á los primeros y aun los hirieron, pero no lograron matarlos. Vieron también faisanes y otros pájaros, entre ellos el pavo silvestre, orgullo de las praderas americanas, y al que describen los españoles como una especie de pavo real (13).

En su marcha atravesaron algunos pueblos abandonados, donde había templos indios, en los cuales encontraron incensarios y otros utensilios sagrados, y manuscritos de papel de maguey que contenían escrito-pinturas, en los cuales probablemente estaban anotadas sus ceremonias religiosas. Presenciaron igualmente, el horrible espectáculo, con que se familiarizaron después, de los cadáveres mutilados de las víctimas sacrificadas á las detestables deidades del país. Los españoles apartaron la vista con disgusto é indignación de semejante carnicería, que formaba un triste contraste con las bellas escenas de la naturaleza que por todas partes les rodeaban.

Seguían su marcha á lo largo de las márgenes del río, hácia su origen, cuando fueron encontrados por doce indios, que mandó el cacique de Cempoala para enseñarles el camino del lugar de su residencia. Vivaquearon en la noche á campo raso, y los nuevos amigos les suministraron provisiones. Apartáronse al día siguiente del río, y atravesando el país hácia el norte, llegaron á una inmensa extensión de praderas fértiles, pobladas de frondosos bosques que resplandecían con todo el esplendor de la vegetación de los trópicos. De las ramas de los magestuosos árboles, estaban pendientes apiñados racimos de purpúreas uvas, enlazados con yedras de diversos colores y con otras flores de los más brillantes tintes. El chaparro y espinoso aloe, mezclado con la rosa silvestre y la madre selva, formaban bosques casi impenetrables. Entre los vástagos y flores olorosas del campo volaban innumerables pájaros de la familia de los papagayos; y multitud de mariposas, cuyos vistosos colores, que en ninguna parte son tan primorosos como en la tierra caliente, rivalizaban con los de las producciones vegetales, al mismo tiempo que pájaros canoros, el cardinal color de escarlata y el maravilloso ruiseñor que recorre todas las notas musicales de la selva, llenaban el aire de una deliciosa me-

de ella, y está tan blanco, que lo juzgamos por nieve." (Carta de Veracruz, MS.) Este elevado volcán se llamaba por los mejicanos, *Citlaltepeltl*, ó montaña-estrella, quizá por el fuego que salió una vez por su cónica cima allá sobre las nubes. Hállase en la intendencia de Veracruz, y se eleva según la medida de Humbolt, á la inmensa altura de 17.368 piés sobre el nivel del mar. (Essai polit., tom. I, p. 265.) Es el pico más alto, excepto uno, de toda la línea de las cordilleras mejicanas.

(13) Carta de Veracruz, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 44.

lodia. Los corazones de los duros conquistadores no eran muy sensibles á las bellezas de la naturaleza; pero los mágicos encantos del paisaje les arrancaban expresiones ilimitadas de alegría, y según avanzaban por en medio de este que llamaban paraíso terrenal, lo comparaban tiernamente con las más hermosas regiones de su cálido país (14).

Acercándose á la ciudad india, vieron muchas señales de cultivo en los adornados jardines y huertas que estaban á los lados del camino, y encontraron varias partidas de naturales de ambos sexos, que se aumentaban á proporción que adelantaban su marcha. Las mugeres, así como los hombres, se mezclaron sin temor entre los soldados, llevando ramilletes y guirnaldas de flores, con las cuales adornaron el cuello del noble corcel del general, y suspendieron una corona de rosas de su yelmo: las flores eran las delicias de este pueblo. Cuidaban mucho de su cultivo, que era favorecido por el clima, alternado de calor y humedad, lo cual estimulaba á la tierra á producir espontáneamente toda clase de vegetales. Este mismo refinado gusto, como veremos, prevalecía entre los belicosos aztecas, y ha trasmitídose á sus degradados descendientes en la época actual (15).

Muchas de las mugeres, por sus ricos trajes y numerosa servidumbre que las acompañaba, parecían ser personas de rango. Iban con sus vestidos de gala hechos de algodón muy fino y curiosamente teñido, que se extendían desde el cuello, y en las clases inferiores desde la cintura, hasta el tobillo. Los hombres llevaban una especie de manto á la morisca de la misma tela sobre los hombros, y un cinturón ó ceñidor en la medianía del cuerpo. Ambos sexos usaban joyas y adornos de oro alrededor del cuello, y anillos del mismo metal en las orejas y nariz, que tenían horadadas. Poco antes de llegar á la población, algunos de los soldados de caballería que se habían adelantado, volvieron con la deslumbrante idea de „que habían estado muy cerca de las puertas de la ciudad, y visto las casas cubiertas con planchas de plata bruñida." Al entrar en la plaza observaron que lo que les pareció aquel metal, no era sino una cubierta de brillante estuco que adornaba las casas principales; circunstancia que hizo reír á los soldados á expensas de sus camaradas. Tal credulidad es una prueba del estado de su imaginación, el cual les preparaba á ver oro y plata en todos los objetos que les rodeaban (16). Los

(14) Gomara, Crónica, cap. 32, en Barcia, tom. II.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 5, cap. 8.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 1.

„Muy hermosas vegas y riberas tales y tan hermosas, que en toda España no pueden ser mejores ansí de apacibles á la vista como de fructíferas." (Carta de Veracruz, MS.)

(15) „El mismo gusto por las flores," observa una amable viajera „caracteriza á los naturales de hoy como en el tiempo de Cortés, y presenta una extraña anomalía," añade, con su acostumbrada agudeza, „que este amor á las flores hubiese existido en su sanguinario culto y bárbaros sacrificios." Madame Calderon de la Barca, Life in Mexico, vol. I, let. 12.

(16) „Con la imaginación que llevaban, y buenos deseos, todo se les antojaba plata y oro lo que relucía." Gomara, Crónica, cap. 32, en Barcia, tom. II.